



CAPITULO X.

El patriarca del Sur.

No sin hacer un gran esfuerzo de voluntad, el autor de esta narración pasa en silencio los magníficos episodios que se desarrollaron después de la fuga del déspota mexicano que tantos torrentes hizo correr de sangre y de lágrimas, y tantos girones de territorio hizo perder á la República, pues que por una parte tiene la urgencia de llegar á los asuntos que forman el nudo principal de su trabajo, y por otra abriga la creencia de que sus lectores conocen, así los sucesos como los notables documentos que vieron la luz pública en el año de 1855; sólo muy de paso es fuerza decir que Comonfort, el caudillo principal de aquella grandiosa revolución, no sólo tuvo que vencer en varios combates los ejércitos del Dictador en Michoacán, Colima y Jalisco, sino también á los diversos ambiciosos que quisieron aprovecharse de las circunstancias

para apoderarse de la situación con diversas actas de pronunciamiento en San Luis Potosí, Guanajuato, Monterrey y la Capital misma, sobreponiéndose á todos y estrechándoles de tal suerte, moral y físicamente, que vinieron á reconocer el plan de Ayutla como la única ley á que por el momento tenían que sujetarse, lo cual dió lugar á que el general don Juan Alvarez viniera con sus soldados desde las montañas del Sur en donde tenía su cuartel general, á Iguala primero, acompañado del Lic. Benito Juárez que le servía de secretario, y quien sin duda alguna le redactó las interesantes proclamas que levantaron tan alto el prestigio de aquel veterano de la independencia nacional, y después de nombrar la junta de representantes, á Cuernavaca, punto designado para que aquella eligiera un Presidente interino, debiendo quedar solemnemente instalada el día 4 de Octubre.

Hecha esta ligera reseña, vamos á dejar la palabra á los políticos que ni un momento habían dejado de estar en lucha para apoderarse de aquella situación, nada envidiable por cierto, una vez que el Dictador había dejado el país casi aniquilado.

En el alojamiento que ocupaba don Melchor Ocampo, en una salita que tenía una ventana á la calle, estaban con él don Guillermo Prieto, don Benito Juárez y don Ramón I. Alcaraz. Don Guillermo Prieto dijo:

—Muchachos: vengo de estar con don Juan Alvarez y lo he visto asediado por los moderados, quienes le instan para que nulifique la lista de representantes hecha en Iguala y acepte la que mandó Comonfort por conducto de Lafragua. ¿Qué hacemos?

—Yo respondo de que el general Alvarez no se pondrá en ridículo destruyendo su obra, contestó Juárez. En-

tre los dos formamos la lista, aquí está la mayor parte de las personas que en ella figuran, y aunque el mismo Comonfort viniera y se lo pidiera de rodillas, no daría un paso atrás. Conozco á mi hombre.

—Ya saben ustedes que los moderados son hipócritas, continuó diciendo Prieto, y cuando ni delante de mí se han contenido, es que ya tienen bien trabajado el ánimo del general.

—Repito que yo respondo de que no se doblegará.

Ocampo, que se había quedado pensativo, replicó á Juárez con mucha calma:

—En efecto, el general Alvarez es terco como un montañez, y lo más probable es que no ceje; pero nosotros debemos estar de todas maneras con el ojo alerta contra las maniobras de esa gente que es muy ducha para la intriga.

—¿Qué opina de esto el amigo Alcaraz? preguntó Prieto.

Alcaraz, como saliendo de un sueño, contestó luego:

—Opino lo mismo que el señor Ocampo: debemos velar sobre los moderados, á fin de que no se nos encaramen como tantas veces lo han hecho.

—Aquí lo grave, continuó diciendo Ocampo, es que Comonfort parece proteger al elemento moderado y es necesario fijarse en que Alvarez está muy viejo y en que el otro es el personaje del porvenir.

—Alvarez está aún vigoroso, y de derecho, como que es el jefe más caracterizado, le corresponde la presidencia, dijo don Benito.

—Lo mejor sería que nos quitáramos de militares y

nos fijáramos en un paisano enérgico. Yo propondría á Ocampo ó á Gómez Farías.

—No, no; contestó vivamente Ocampo, cuando la revolución está latente, cuando hay todavía tantas ambiciones que doblegar, cuando conviene dar una buena organización al ejército, cuando en fin estamos todos tan divididos, se necesita que pese aún por muchos años el sable del soldado en la balanza de nuestra justicia. Yo, por mi parte, renunciaría el puesto si hubiera locos que me lo dieran.

—Dice bien el señor Ocampo, murmuró Juárez, por ahora no hay que pensar más que en un soldado.

—O en un paisano que sepa manejar generales, dijo Alcaraz.

—En la junta será donde midamos nuestras fuerzas, agregó Ocampo levantándose, por ahora lo que más nos conviene es no dejar al general Alvarez ni un momento bajo la influencia de los moderados.

Conviniéron todos en que la observación era justa, y se encaminaron al alojamiento del general en jefe de la revolución, en cuya compañía estuvieron hasta muy entrada la noche.

Entretanto, al oscurecer se habían reunido hasta unas nueve personas en el alojamiento de don José M. Lafragua, reconocido por aquel entonces como jefe del partido moderado. Entre esas personas se veían algunas de muy alto porte, tales como don José M. Lacunza, don Mariano Riva Palacio, don Mariano Yáñez, don José M. Cortés y Esparza y don Ezequiel Montes.

Lacunza y Riva Palacio llegaron de la calle, y éste dijo á los que allí estaban que parecían estarlos esperando con ansiedad:

—Nos ha sido imposible hablar al general Alvarez: lo tienen enteramente bloqueado Ocampo y Juárez.

—Hubiera sido inútil, contestó Lafragua con cierto despecho: el general se rehúsa por ahora á aumentar el número de miembros para la Junta.

—Pero es que varias fracciones de la República no tienen representación, murmuró Montes.

—A pesar de eso, siguió diciendo Lafragua, Alvarez, sostenido por el grupo de sus consejeros, insiste en que no ha de alterar la lista que formó en Iguala, manifiesta que todos los nombrados contestaron aceptando, y que si alguno falta, no puede sustituirlo con ningun otro porque el plan de Ayutla no dice que se nombren también suplentes.

—No son suplentes, son representantes en sustitución de los que no han venido, dijo Riva Palacio, agregando luego: el que nombró á los primeros, puede con las mismas facultades nombrar á los segundos.

—¿Y qué sucedería si fueran llegando á la hora de estarse celebrando la Junta? preguntó Saborio.

—Ocuparían indudablemente sus puestos que les dejarían libre los sustitutos. Lo que yo defiendo es que nadie se quede sin representación en un acto tan solemne.

—Tanto más, agregó Lafragua, cuanto que yo he traído una lista completa que envió Comonfort por mi conducto, en la cual tienen representación Tehuantepec, el Carmen y California.

—¿Y qué ha dicho Alvarez respecto de la lista de Comonfort? preguntó Lacunza.

—Lo mismo de siempre, contestó Lafragua, que él cumplió lisa y llanamente con un precepto del plan de Ayutla, y que por más que quiera y considere á Comon-

fort, no puede acatar ese deseo que considera hasta cierto punto pueril.

—¡Pueril y de lo que resuelva esa Junta depende todo el porvenir de la República! exclamó Yáñez.

—Yo diré á ustedes, muy en reserva, manifestó Lafragua, que el general Alvarez me ha dicho que no desea ni quiere ser nombrado Presidente, y que influirá con sus amigos de la Junta para que designen á Comonfort.

—¿Y creen ustedes que los exaltados van á hacer caso de su recomendación, en el evento de que la haga? preguntó Lacunza.

—Eso dependerá de la forma, contestó Lafragua. Si Alvarez les expone con toda sinceridad, como yo se lo he insinuado, cuáles son los peligros que amenazan al país si cae el poder en manos de los puros, es decir, en sus manos, puesto que es el elemento que lo viene rodeando desde que salió de Iguala, si él les dice, como me lo ha dicho á mí, que el clima de México lo matará y que no tendrá fuerzas ni carácter para arrollar tantos obstáculos como se están presentando, ni tampoco voluntad para sobreponerse á la inmensa aureola de popularidad que trae Comonfort, tendrán que transigir con la razón.

—No transigirán con nada, dijo Yáñez.

—Nos quedará todavía un recurso.

—¿Cuál?

—La renuncia de Alvarez si resulta nombrado.

—¿Renunciará?

—Lo haremos renunciar, si no aquí, en México.

—Es verdad, concluyó diciendo Yáñez con tono de convicción, si no es ahora será mañana, una vez que tengamos de las orejas á Comonfort.

Ya se sabe lo que pasó después.

Al día siguiente se reunieron veinte representantes, faltando seis de los nombrados por Alvarez; éste los excitó á que se fijaran para Presidente de la República en una persona digna, y dejándolos instalados en la sala destinada al efecto, dieron principio á sus trabajos á las once de la mañana, y á las doce estaba hecha la votación en la forma siguiente:

Don Santiago Vidaurri obtuvo un voto de don Juan N. Navarro.

Comonfort no recibió más que los votos de don Diego Alvarez, don Joaquín Cordero y don José M. Lafragua.

Por don Melchor Ocampo votaron Guillermo Prieto, Ramón Alcaraz y Francisco González.

Y por don Juan Alvarez, don Vicente Romero, don Francisco de P. Cendejas, don Félix Zuloaga, don José de la Bárcena, don Jesús Anaya, don Sabás Iturbide, don Melchor Ocampo, don Benito Juárez, don Mariano O. de Montellano, don José M. del Río, don Juan N. Vera, don Ignacio Cid del Prado, don Joaquín Moreno, don Eleuterio Méndez, don Valentín Cómez Farías y don Manuel Zetina Abad. Total 16 votos, con los que bastaron para que Alvarez fuera proclamado Presidente de la República, prestando luego el juramento de guardar y hacer guardar el plan de Ayutla como la ley suprema de la revolución triunfante.

A renglón seguido Alvarez nombró los siguientes ministros: de Relaciones, Melchor Ocampo; de Justicia, Benito Juárez; de Hacienda, Guillermo Prieto y de Guerra al general Ignacio Comonfort.

He aquí, pues, al indito de Guelatao, después de una vida llena de azares y de incertidumbres, ocupando ya, debido á sus solos méritos, un puesto de los más importan-

tes en la nueva administración pública y señalado como uno de los corifeos del partido liberal.

Entre tanto, el general Comonfort, que se había convertido por sus victorias y por su conducta guerrera en el ídolo del pueblo mexicano, detenido en todas partes por las mil ovaciones que se le tributaban, no pudo llegar á Cuernavaca sino cuando ya estaba allí funcionando, con muchas dificultades por cierto y en reducida esfera de acción, el nuevo gobierno.

Nombrado ministro de la Guerra y general en jefe del ejército por el Presidente Alvarez, se dirigió desde luego á la Capital, en donde fué recibido con verdadero entusiasmo popular. Nada había de fingido, nada había de artificial, nada de afectado: el júbilo fué unánime y espontáneo. Las gentes lloraban de alegría saludando y victoreando al libertador, al héroe, al vencedor de la oprobiosa tiranía que había pesado como plomo derretido sobre la mayoría de los mexicanos.

Entre tanto, el general Alvarez, por miedo tal vez á los políticos de la Capital, se había hecho piedra en Cuernavaca, y sólo en virtud de que se le hizo ver que el clamor de la opinión pública manifestado por medio de la prensa le estaba exigiendo que ya no permaneciera arrinconado con su gobierno, convino en irse aproximando poco á poco, hasta hacer su entrada, también triunfal, el 15 de Noviembre, cuando ya las escarchas comenzaban á explicarse y que podían causar deterioro en su salud.

El ministerio del Presidente interino había llegado trunco á la Capital, pues Comonfort y Ocampo habían caminado en desacuerdo desde que el primero parecía haberse unido al partido liberal moderado, siendo el segundo

uno de los corifeos del partido liberal avanzado, que en aquella época se llamaba *puro*.

Uno de los primeros actos del nuevo gobierno fué la ley de administración de justicia, que medio abolía los fueros eclesiástico y de guerra, medida que produjo una grita espantosa entre los miembros de la iglesia y los militares, dando un pretexto á los conspiradores, entre los que fueron señalados el padre Miranda, Haro, Uraga y otros, para que idearan planes descabellados como uno en que se proclamaba la vieja Constitución de 1824, dejando al Sumo Pontífice la facultad de que hiciera modificaciones.

De esto también se aprovecharon los que tanto temían á Alvarez, para hacerle entender que se necesitaba de una mano más vigorosa para que se pudiera dominar la situación que se veía preñada de espesos nubarrones. Sea por esto, ó porque realmente el invierno estuviera haciendo mella en la trabajada naturaleza del anciano patriota del Sur, fué á dar al extremo que los moderados buscaban, esto es, á ofrecer el gobierno al general Comonfort. Este por cálculo ó con buena fe, temiendo las intrigas que le había de tejer el partido puro, se rehusó mucho, hasta que el mismo Alvarez fué á su casa á rogarle casi de rodillas que lo aceptara.

Hasta el día 11 de Diciembre se decidió el general Ignacio Comonfort á recibir el poder, como si fuera un mueble de traspaso, sin más formalidades que un simple decreto del gobierno.

El general Alvarez dió una proclama de despedida explicando el desbarajuste que en todos los ramos de la administración había dejado la dictadura, de todo lo qué algo, aunque fuera muy poco, se había ya enmendado, y

luego cuando ya iba en camino para su tierra esto que todos los historiadores, y nosotros también, han considerado como digno de escribirse con letras de oro:

«Pobre entré en la Presidencia, escribió el general Alvarez, y pobre salgo de ella; pero con la satisfacción de que no pesa sobre mí la censura pública, porque dedicado desde mi tierna edad al trabajo personal, sé manejar el arado para sostener á mi familia, sin necesidad de los puestos públicos, donde otros se enriquecen con ultraje de la orfandad y de la miseria.»

¡Y eso que el general Alvarez había visto muy poco de lo que se ha seguido viendo después en nuestra desgraciada República, cuando hasta simples gobernadores de Estado han podido formarse capitales fabulosos, sin más trabajo que tomarlos de los fondos públicos!

Naturalmente con la elevación de Comonfort al poder, cayó don Benito Juárez, quien á poco, no queriéndose seguramente que quedaran sin ocupación sus energías, fué nombrado gobernador de Oaxaca.

Ya tendremos ocasión de encontrarle con más frecuencia en lo que va á seguir de nuestra narración.

